## EL PAN DE TU PALABRA-2



INTRODUCCIÓN

Señor, he leído despacio tu evangelio perteneciente al año 2007. Y te confieso que me ha despertado un mayor por tus enseñanzas. He querido también situar la reflexión contemplativa en el ambiente en el que te desenvolvías en tu predicación urgen y apremiante.

Espero que los lectores encuentren en el Pan de tu Palabra un motivo para amarte cada día y para hacer el apostolado que nos corresponde a todos y a cada uno.

# Con todo afecto, Felipe Santos, Salesiano

## **FEBRERO 2007**

### 1 febrero 2007

Mc 6,7-13

Los Doce habían sido elegidas por Jesús para que "estuvieran con él y también para enviarlos para que tuviesen el poder para predicar y para que tuviese el poder de expulsar a los demonios" (Mc 3,14-15). En los capítulos precedentes los hemos visto estar con él, escuchar y aprender, y Marcos nos muestra la segunda dimensión del discípulo, la misionera. Para describir la misión de los apóstoles, Marcos emplea las mismas palabras con las que ha descrito la misión de Jesús: predicaban la conversión, curaban a los enfermos y echaban a los demonios.

El envío de los discípulos se hace "de dos en dos", sea en referencia al doble testimonio (Dt 17, 6; 19, 15; Nm 35, 40), sea según el consejo del sabio Qoelet (4,9-12) adoptado después también por la comunidad cristiana de Jerusalén (Hch 13,2).

Las órdenes que Jesús da a los sus enviados miran, ante todo, a la pobreza y a la renuncia: sin alguna ayuda humana, los discípulos tienen como apoyo sólo la fe en aquel que los manda.

Estas palabras condenan el triunfalismo y la riqueza e imponen la pobreza y la discreción. El Apóstol no debe emplear los medios del mundo (dinero, poder y fuerza) para conquistar la adhesión de sus oyentes. El verdadero apostolado no se vende a ninguno y no se deja comprar por ninguno: quizá se venderá a poco precio como su Maestro (Mc 14,10-11).

La pobreza es una condición indispensable para la misión: los misioneros deben ser "tropas ligeras". Esta pobreza es fe, la libertad y la ligereza. Un discípulo cargado con bagajes se convierte en sedentario, conservador, incapaz de captar la novedad de Dios, habilísimo en encontrar mil razones de comodidad. La pobreza es fe concreta de quien no confía en sí mismo y en los propios medios, sino en la asistencia y en la providencia de quien le ha enviado.

El anuncio del evangelio debe ser siempre en pobreza, porque proclama la cruz que ha salvado al mundo. Más que lo que debemos decir, Jesús nos enseña lo que debemos ser. Seamos más de lo que decimos. Para que no seamos pobres, cada cosa que digamos o demos no es un don, sino sólo un ejercicio de poder sobre los demás.

Ya en el Antiguo Testamento, pobreza, pequeñez e impotencia son los medios que Dios elige para vencer (cfr 1Sam 2,1-10; Es 3,11; 4,10; Gdc 7,2). De hecho "Dios ha elegido lo que en el mundo es tonto para confundir a los sabios, Dios ha elegido lo que en el mundo es débil para confundir a los fuertes. Dios ha elegido lo que en el mundo es innoble y despreciado y lo que es nada para reducir a la nada las cosas que son, son para

que ningún hombre pueda gloriarse ante Dios" (1Cor 1,27-29).

Esta lección la había aprendido bien Pedro, cuando hizo el primer milagro. Dijo a este propósito: "No poseo ni plata ni oro, sino te doy lo que tengo: en el nombre Jesús, el Nazareno, anda" (Hch 3,6). Si Pedro y Juan hubieran tenido dinero y oro, habrían hecho una obra buena, quizá hubieran fundado un instituto para los portadores de handicap, hubieran dado salarios, pero no habrían pensado que deberían dar a Jesús, el salvador.

La salvación proviene de la cruz, vaciamiento que revela a Dios. ¡Ay si nuestro poder o sabiduría la convierte en vana!: "Cristo me ha enviado a predicar el evangelio; sin embargo no con un discurso sabio para que no llegue a ser vana la cruz de Cristo" (1Cor 1,17).

Jesús envía a los suyos en pobreza, como el Padre le había mandado a él en pobreza. Los discípulos, mediante la misión, están llamados a la forma más alta de vida cristiana: están plenamente asociados al Hijo, que conociendo el amor del Padre, los trata a todos como hermanos.

Los Doce pueden anunciar a los demás la conversión mostrando estar ellos mismos convertidos porque están y viven como Cristo.

El evangelio también habla de la posibilidad, simplemente teórica, vista la suerte que le tocó a Jesús, y que los discípulos no sean escuchados y acogidos. Es un sufrimiento que el discípulo debe afrontar sin perder el ánimo.

A él se le ha confiado un deber, no garantizado por el éxito.

En la actividad de los Doce, Marcos no da ninguna indicación de tiempo y de lugar; le basta señalar que ellos realizan exactamente lo que había dicho y hecho el Maestro: proclamar la conversión y hacer exorcismos y curaciones.

#### 2 febrero 2007

Lc 2,22-40

El señor visita el su templo. No viene para juzgar la inobservancia de la ley, sino para someterse como hombre a la obediencia del Padre al que los hombres han desobedecido. Viene a pagar el débito del hombre.

Dios no exige el sacrificio del hombre a la propia majestad (esta es la mentira de Adán y de todas las perversiones religiosas), sino que exige el reconocimiento de sí como don y fuente de vida para que podamos alcanzar la abundancia.

Presentándose a Dios, el hombre se restituye a sí mismo. Reconociendo que la vida del hombre se da por Dios, descubrimos el altísimo don de la vida.

Simeón significa "Dios me ha escuchado". El Espíritu Santo: por eso escucha y observa la Palabra. Sólo los hombres iluminados por el Espíritu saben explicar exactamente la Escritura y juzgar los eventos de la salvación.

Los brazos del anciano Simeón representan los brazos bimilenarios de Israel que reciben la flor de la vida nueva, la promesa de Dios.

El Cántico de Simeón se pone en la línea de la gran tradición del Siervo de Yahvé: "Te haré luz de las naciones para que lleves mi salvación hasta la extremidad de la tierra" (Is 49,6). Ahora se cumple cuanto se había anunciado: "Levantaos, revestíos de luz, la gloria del Señor brilla sobre ti. Porque, he aquí, las tinieblas recubren la tierra, y las mismas naciones; pero sobre ti resplandece el Señor, su gloria aparece en ti. Caminarán los pueblos a tu luz, los reyes al esplendor de tu fuente" (Is 60,1-3).

Sólo quien ve a Jesús salvador puede vivir y morir en paz. Sólo el encuentro con Dios puede sanar la vida del veneno del miedo de la muerte y curar al hombre de la falsa imagen de Dios. Detrás de la puerta de la muerte no nos aguarda un abismo de tinieblas, sino una sala luminosa del banquete de la vida eterna.

Al la salvación y a la paz, ya presentes en el Cántico de Zacarías, al que se une la luz con una clara connotación de universalismo: la salvación es para todos los pueblos.

Simeón, movido por el Espíritu, reconoció a Jesús; ahora predice a María el destino del hijo. La persona de Jesús se explica aún ahora desde el Antiguo Testamento.

Jesús será al mismo tiempo causa de caída y de resurrección para las multitudes de Israel, porque lleva una salvación "escandalosa" que ninguno está en grado de aceptar. Jesús contradice todo pensamiento del hombre.

Es escándalo y locura. Por eso todos los contradicen, se escandalizan de él y caen.

Se vislumbra aquí el misterio de la muerte y la resurrección del Señor que como espada atravesará el corazón de cada discípulo y de toda la Iglesia, de la que María es figura.

Al la palabra dura de condena, contradicción y de espada, nace la palabra de felicitación, consuelo y ayuda. El nombre de la profetisa y la de sus advertencias significan salvación y bendición. Ana quiere decir: Dios da la gracia: Fanuele: Dios es luz; Aser: felicidad.

Los nombres no están privados de significado. Y aquí su significado ilumina y sumerge todo en el esplendor de la alegría, de la gracia y de la clemencia de Dios. El tiempo mesiánica es tiempo de luz plena.

Ana es considerada como ejemplo luminoso de las viudas cristianas. "La que es realmente viuda y permanece sola, ha puesto la esperanza en Dios y se consagra a la oración día y noche" (1Tm 5,5).

Iluminada por el Espíritu Santo, Ana reconoce al Mesías en el niño que lleva María al templo. Siguiendo a Simeón, alaba a Dios y habla continuamente de Jesús a todos aquellos que esperan "la redención de Jerusalén" (v. 38).

En el tiempo de Jerusalén se desvelan dos aspectos: la contradicción en los enfrentamientos de Jesús y la acogida en la fe, la condena y la salvación, la caída y la resurrección.

De Jerusalén, en cuyo templo se ensalza el signo, se irradia la luz que llegará a los paganos y se manifiesta la gloria de Israel.

Eso sucede ahora, mientras Jesús viene al templo; y se verá más claramente cuando se vea en Jerusalén, es decir, ensalzado en la gloria. Entonces se reunirá el nuevo pueblo de Dios, y sus mensajeros desde Jerusalén se difundirán a todo el mundo para acoger a los pueblos en torno al signo de Cristo.

#### **3 febrero 2007**

Mc 6,30-34

Jesús no se fía del entusiasmo: sabe que se desvanece ante las primeras dificultades (cfr Mc 4,16-17) y que no es signo de fe. Es la situación que se describe en este relato. Los discípulos están entusiasmados y cuentan a Jesús todo lo que habían hecho y enseñado.

El resultado de su misión está a la vista de todos, en la gente que va y viene y no los deja ni siguiera a la hora de comer. Resultado Aquella estrepitoso. gente les hace sentir "pecadores verdaderamente que son de hombres" (cfr Mc 1,7) realizados.

Esta narración mira a reflejar ya la futura imagen de la actividad misionera de la Iglesia: hacer y enseñar como Jesús.

Después de las dos curaciones descritas en el primer capítulo de este evangelio,

Jesús se había retirado a un lugar desierto a rezar (1,35) y a la expresión provocante: "Todos te buscan" (1,37) hubiera respondido con una adhesión, humanamente hablando, poco inteligente: "Vamos a otro sitio" (1,38).

Jesús no frustra nunca las ocasiones favorables de la popularidad y el entusiasmo visceral: nos desea que vayamos a la raíz del pecado del mundo para inculcar la novedad de Dios en una humanidad que no anda mal.

En este relato, el entusiasmo de la muchedumbre es para los discípulos otra cosa distinta de Jesús. En es punto, la palabra de Jesús: "Venid a un lugar aparte y descansad un poco'" (v. 31) adquiere su justo valor. Jesús los quiere calmar (cfr Lc 10,17-20). El entusiasmo es peligroso: por la multitud y por los discípulos.

La enseñanza es clara: si queremos evitar los peligros de la popularidad, no debemos dejarnos envolver por el entusiasmo visceral y acrítico que hace perder el sentido del límite y se va a la cabeza. El antídoto es la soledad y la oración.

Jesús tiene compasión de la multitud porque es desorganizada. No hay ninguno que se ocupe de la y es abandonada a sí misma: no forma un pueblo, sino una masa de gente acogida. La piedad de Jesús se traduce en una enseñanza. En el evangelio de Marcos, cuando Jesús se encuentra con la multitud se puede estar seguro que no perderá la ocasión para instruirla. La continuación del evangelio habla con mayor fuerza de este comportamiento constante de Jesús: "La multitud corre de nuevo a él y les enseña como siempre" (10,1).

La unión que Marcos instaura entre enseñanza y formación de un pueblo no es artificial. Estamos ante ovejas sin pastor: sólo la palabra de Jesús puede unir a los descarriados y dispersos.

#### **4 febrero 2007**

Lc 5,1-11

En el fondo de la actividad de Cristo aparecen Pero y sus colegas. Son los colaboradores de un hecho prodigioso, pero permanecen siempre como los pobres que estaban antes. Pedro lo confiesa en nombre propio ٧ colegas declarándose pecador. Van a la verdad de Dios, y Pedro descubre la propia verdad y se siente indigno. No hay revelación de Dios sin conciencia del propio pecado. Podemos conocer la infinita grandeza de Dios sólo contemporáneamente al descubrimiento de nuestra bajeza.

La eficacia de las pesca milagrosa no es debida a su habilidad, sino al mandato impartido por Jesús. Todo su mérito es haber creído en su palabra. La inutilidad de la fatiga nocturna indica la vanidad de todos los esfuerzos humanos hechos por propia iniciativa para instaurar el reino de Dios. Sólo en la obediencia a la palabra del Señor se puede obtener lo que es imposible a las fuerzas humanas. La fe no tiene otro apoyo que la palabra de Dios. Por esta fe Jesús le cambia el nombre de Simón por el de Pedro y le da un nuevo encargo:" De ahora en adelante será pescador de hombres" (v. 10). Pedro recibe su misión mientras se reconoce pecador.

Esto quiere decir que ella no se vendrá abajo ni siquiera con el pecado de su infidelidad, porque se funda en la fidelidad de Dios. Simón llegará a ser Pedro recibirá el encargo de confirmar en la fe a sus hermanos cuando haya vivido hasta el fondo su propia debilidad, infidelidad y pecado (Lc 22,31-34). No será pues "piedra" por sus cualidades, sino por la fidelidad a Dios.

Estos pescadores, que han creído en la palabra de Cristo, dejan en seguida barcas y redes y siguen a Jesús. Les manda liberar a los hombres del poder de la muerte y los transfiere al reino de la vida, al reino de Dios. La acción misionera de Jesús pasará a los pobres pescadores de Galilea, los cuales dejan su oficio y se aventuran por los mares tempestuosos del tiempo para salvar de la muerte eterna a todos los pueblos de la tierra. Pero para ser discípulos de Jesús hace falta dejar todo, comenzando por dejarse a sí mismos para convertirse en propiedad exclusiva de Cristo.

5 febrero 2007

Mc 6,53-56

Las multitudes reconocen a Jesús y le llevan enfermos. Salva a todos los que lo tocan. Se pone en evidencia en la avidez de los hombres por aprovecharse de tu poder de curación, o por la compasión de Jesús con la oveja sin pastor" (6,34).

La gente lo busca como salvador del pueblo y prodigios: por ahora n siembra más que semillas en la cual existe una fe profunda. El lector del evangelio debe convencerse que necesita "tocar" a Jesús en un sentido tanto más verdadero cuando no hagamos como los galileos; se debe creer en él como en el Mesías prometido, que une al pueblo de Dios y es verdaderamente Hijo de Dios.

Marcos describe a Jesús como el "hombre divino" del que emanan prodigiosas virtudes sanadoras. Aparece como el socorrista y médico de los pobres y enfermos. Pero tras la multiplicación de los panes y caminar sobre las aguas (6,35-52), el lector cristiano sabe con mayor claridad que Jesús es bastante más hacedor de prodigios que un curador. Su poder viene de Dios y tiene sus raíces en el misterio del todo singular por ser el Hijo de Dios.

### 6 febrero 2007

Mc 7,1-13

Estos primeros versículos del capítulo 7 de Marcos pueden parecernos en año 2007 cuestiones ridículas y controversias definitivamente superadas: y en parte es verdad, ¡por fortuna! Debemos retener al menos dos afirmaciones importantes y válidas en todos los tiempos y bajo todos los cielos:

1. Los mandamientos de Dios y las tradiciones de los hombres deben considerarse siempre distintos. Los mandamientos de Dios tienen un valor perenne y universal y por tanto inmutables. Las tradiciones de los hombres son provisionales y por tato puede, y a menudo deben cambiarse.

Por consiguiente el cristiano, y más en general hombre honesto e inteligente, se renueva en continuidad y está disponible a las reformas y al progreso.

2. Jesús rechaza la distinción judía entre puro e impuro, entre una esfera religiosa separada,, en la que Dios está presente, y una esfera ordinaria en la que Dios está ausente. No se nos purifica de la vida diaria buscando a Dios en otro sitio, fuera de la vida de todos los días, sino al contrario se nos debe purificar del pecado que está dentro de nosotros. Jesús contesta la distinción considerada entonces segura e indiscutible: el hebreo es puro y los demás son impuros.

La cuestión del puro y del impuro ha tenido una gran importancia en los primeros tiempos de la Iglesia, sobre todo por la participación en la mesa de los judíos y paganos (cfr Gal 2,11-17). Nos devuelve a la mente la voz que Pedro sintió en la visión: "Lo que Dios ha purificado, no lo llames profano" (Hch 10,15).

Citando el cuarto mandamiento Jesús demuestra aceptar la fuerza vinculante de la ley de Dios, pero rechaza las tradiciones asfixiantes que contradicen a los mandamientos del Señor más que ayudar a entenderlos y a observarlos mejor.

Jesús elige un caso particularmente fuerte para demostrar que el precepto humano puede llevar a la trasgresión del mandamiento divino. El deber de honrar al padre y a la madre y de asistir a los padres ancianos y necesitados se afirmaba en uno de los mandamientos de Dios. Pero incluso mantener un voto constituía un deber sagrado.

El abuso de dañar a los padres con voto era frecuente en tiempos de Jesús.

Jesús pone el mandamiento del amor por encima del holocausto y de los sacrificios (cfr 12, 33) y no permite descuidar el deber hacia los padres aunque sea con la excusa de un voto. Dios no quiere ser amado y honrado a expensas del amor al prójimo. Dios es amor y quiere sólo amor.

Es el principio fundamental colocado en la base de nuestra conducta: el amor de Dios y del prójimo se insertan el uno en el otro indisolublemente (cfr 12,30-31).

Leemos en la primera carta de Juan: Este es el mandamiento que tenemos de él: quien ama a Dios, ama al hermano" (4,21). Con el amor se supera toda forma de legalismo.

Lo que mantiene lejanos de Dios y del prójimo a las personas buenas son las tradiciones religiosas separadas del amor, que es su fuente y su única motivación.

#### **7 febrero 2007**

Mc 7,14-23

Hacer comprender las cosas a los discípulos es uno de los puntos fijos que encontramos en la enseñanza de Jesús y constituye una advertencia constante para reflexionar sobre sus palabras y acciones con una fe más profunda. Jesús explica a sus discípulos que en la base de la parábola se encuentra la imagen de las comidas, los cuales se introducen en el hombre externamente, caminando abandonado a su vida natura. Comer y eliminar las comidas no tienen nada que ver con "pureza" entendida en el sentido moral y religioso.

Toma una postura valiente y libre frente a los hebreos, que cultivan no pocos tabúes, entre los cuales ideologías antiguas acerca de la "impureza" de determinadas comidas y animales y la contaminación con hechos naturales (en el campo sexual) y con el contacto con los leprosos y cadáveres.

La enseñanza de Jesús se toma de los apóstoles: "Todo lo que ha sido creado por Dios es bueno y nada hay que descartar cuando se toma como acción de gracias, porque se santifica con la palabra de Dios y con la oración" (1Tm 4,4-5).

Valorando positivamente la creación У apreciando al hombre por ser imagen semejanza de Dios, la experiencia del mundo nos demuestra que la criatura humana está afectada por una oscura y misteriosa inclinación al mal, fuente de la inmoralidad, del pecado y de todo vicio. Y en este punto del evangelio hay una largo catálogo de vicios, cuyo origen es el corazón del hombre.

No es lo que entra en el hombre lo que contamina, sino aquello que sale de su corazón. Cada uno debe dar importancia a la conversión radical del corazón.

Para Jesús el corazón debe ser limpio, libre, recto. Se trata de crear una situación interior digna de Dios, porque en él se revela y habita. "Felices los puros de corazón porque verán a Dios" (Mt 5,8). La autenticidad de la vida religiosa se mide por el corazón, es decir, por las elecciones libres que salen del interior del hombre. La santidad no consiste en actos externos y superficiales, sino en la pureza del corazón.

El principio del bien y del mal es nuestro corazón bueno o malo, iluminado por el amor o cegado por el egoísmo. La norma última de comportamiento para hacer la voluntad de Dios viene del discernimiento de nuestro corazón: ¿estamos movidos por Dios o por el demonio?, por el amor o por el egoísmo? San Agustín escribió: "¡Ama y haz lo que quieras!".

#### **8 febrero 2007**

Mc 7,24-30

El ataque de Jesús contra las tradiciones alimenticias de su pueblo fue un golpe bien asestado contra las divisiones existentes entre hebreos y paganos.

La obra de demolición continúa en esta breve narración: es la fe la que nos hace partícipes del nuevo pueblo de Dios, no el hecho de ser hebreos (cfr Gal 3,7-9). El problema que subyace en esta narración es éste: ¿Es lícito conceder a los paganos los beneficios que Dios concede a los hebreos?". La respuesta de Jesús es afirmativa y clara.

La narración de la segunda multiplicación de los panes (8,1-10) se responde a la luz del sol y ante 4000 personas, en cuanto que Jesús nos ha anticipado aquí el secreto de una casa privada: Jesús ha venido para todos, es el salvador de todos.

La mujer pagana, originaria de la Sirofenicia, demuestra poseer una fe tan tenaz que la mujer hebrea que sufría pérdidas de sangre (cfr 5,25-34) y no se deja atemorizar por el rechazo inicial de Jesús.

La respuesta de Jesús a esta mujer puede parecer ofensiva, pero no es así. En su hablar alegórico, quiere decir: Están ante todo bajo el mandato de los hijos de Israel, y no pueden preferir a los paganos.

Sse ha querido llamar la atención por el hecho de que los hebreos se consideraban a sí mismos como hijos de Dios y designaban a los paganos con el nombre de "perros", por desprecio; de hecho esta parábola en Oriente sonaba como un insulto. Sin embargo se nos refería a los perros rabiosos, mientras que Jesús habla aquí animales domésticos, y en este sentido es como lo entiende la mujer. Por eso Jesús no habla con un estilo odioso, sino, como solía hacerlo a menudo, aprovecha esta ocasión multitudinaria para realzar su pensamiento.

Las palabras de Jesús no son un rechazo total, sino que ponen el acento en el hecho que él debía salvar y bendecir a todos pero empezando por Israel.

La mujer acepta la alegoría empleada por Jesús y la dirige en su favor: también los animalitos bajo la mesa reciben migajas del pan de los hijos. Jesús no podía desear nada mejor que la fe de la mujer fuera tan fuerte para reconocerlo y aprovecharlo.

Esta narración se presenta como un ejemplo de fe. Una fe genuina que no se deja turbar y mucho menos cuando parece que Dios esconde su cara.

#### **9 febrero 2007**

Mc 7, 31-37

En el territorio de la Decápolis (=diez ciudades) llevan a Jesús un sordomudo, y le piden que les imponga las manos. Jesús se lleva a este hombre aparte de la multitud, pone saliva en sus oídos y le toca la lengua; después alzando los ojos al cielo emite un suspiro y dice:"Effatà" es decir,"Ábrete". La cita en lengua aramea quiere reportarnos la palabra dicha por Jesús, que hablaba arameo. Frente a este suceso viene espontáneo el recuerdo de Isaías:" Decid a los desalentados de corazón: ¡Valor! No temáis; he aquí a vuestro Dios. Entonces se abrirán los ojos a los ciegos y se abrirán los oídos a los sordos. Entonces el topo saltará como u n ciervo, gritará de alegría la lengua del mudo" (Is 35,4-6).

El, hombre llega a ser la palabra que escucha y responde. Si escucha a Dios llega a ser Dios, si escucha al demonio se convierte en demonio. Eva escuchó al maligno y trajo todo el mal al mundo. María escuchó a Dios y trajo todo el bien a la humanidad.

Dios es palabra, comunicación y don de sí. El hombre es ante todo oído y después lengua. Escuchando a Dios está en grado de responderle: entra en diálogo con él. La religión cristiana es la religión de la palabra y de la escucha, de la comunicación con Dios que nos habla. Por esto, estar sordos y mudos (en el sentido religioso) es el peor de los males.

Con este milagro el Señor nos hace entender lo que quiere hacer en sus oyentes. Todos nosotros somos espiritualmente sordos, quien más quien menos; también aquellos que escuchan la palabra de Dios corren el riesgo de ser sordos selectivos, es decir, escuchan lo que le conviene y eliminan automáticamente todo lo que puede turbar su plácido sueño. Jesús es el médico que ha venido a darnos la capacidad de diálogo con Dios y con los hermanos. El cristiano, quizá como todos, es un fenomenal devorador de muchas cosas, pero se queda sordo y mudo ante la Palabra que lo hace hombre e hijo de Dios.

Jesús ha venido para curar el mutismo y la sordera de la humanidad para hacerla pueblo de Dios, un pueblo que escucha y responde a que le dice:" ¡Escucha, Israel" (Dt 6,4-5); "Escuchad" (Mc 4,3); "Este es mi Hijo predilecto: escuchadlo" (Mc 9,7).

Quien profesa la fe cristiana es, por profesión, un oyente de Jesús.

Hablando no se aprende nada, y escuchar a los estúpidos nos hace estúpidos, y escuchar a los sabios es escuchar a Dios y llega a ser hijos de Dios.

## 10 febrero 2007

Mc 8,1-10

Marcos reporta dos multiplicaciones de los panes (6,35-46; 8,1-9).

Lo que impresiona ante todo en estas narraciones es la multitud: una multitud numerosa, llegada a los pies de todas partes, que sigue a Jesús cada día.

Según algunos, tanta multitud hace sospechar la formación de un movimiento mesiánico de tipo político que veía en Jesús un jefe posible. Esto es verosímil: por lo demás Juan, a propósito del mismo episodio, anota que las multitudes buscan a Jesús para hacerlo rey (Jn 6,15).

El clima político de Galilea de aquel tiempo estaba exaltado y bastaba poco para suscitar fanatismos mesiánicos. Escribe a este respecto Flavio Josefo: "Hombres engañosos e impostores que bajo la apariencia de inspiración divina hacían innovaciones y revueltas, induciendo a la multitud a actos de fanatismo religioso y la llevaban fuera al desierto,

como si Dios hubiese mostrado a ellos los signos de la libertad inminente" (Guerra judaica 2, 259).

En esta luz, en la primera multiplicación de los panes, adquiere importancia la anotación que Jesús obligó a los discípulos a que se alejaran, y él, después de haber despedido a la multitud, se retiró a la montaña a orar (6,45-46).

Jesús no consiente compromisos políticos de la multitud, sino que se aleja de ella, encontrando en la oración la claridad de la vida mesiánica de la cruz y el valor de recorrerla.

Esta segunda multiplicación de los panes tiene lugar en pleno territorio pagano como prefiguración de la eucaristía universal, ofrecida en plenitud también a los paganos. El destino se dirige a las 70 naciones paganas según la tradición bíblica hebrea (cfr Gen 10).

Una vez más Jesús da el pan y renueva su misericordia. No se cansa de nosotros, no se desanima por la dureza de nuestro corazón. Insiste con su don infinita veces. Toda la historia es el tiempo de la paciencia de Dios.

#### 11 febero 2007

Lc 6,17.20-26

En este texto del evangelio Jesús anuncia la llegada de la salvación prometida por Dios. Proclama el mundo de los valores de Dios. acentúa la escala de los valores del hombre y pronuncia el modo con el que Dios salva. Las para bienaventuranzas los pobres V lamentaciones para los ricos no se leen en clave moralistica, es decir, no dicen qué cosa debe hacer el hombre. Manifiestan por el contrario que cosa hace Dios en Jesús y revelan cómo actúa Dios en la historia humana. En el monte Dios, por medio de los diez mandamientos, reveló al hombre qué debía hacer: en el monte de Dios revela a Jesús qué debe hacer él. La intención de esta proclama es revelarnos el rostro de Dios en Cristo. En él vemos cómo Dios nos muestra su reino.

El verbo en presente de la primera bienaventuranza y de la lamentación (v. 20: es, v. 24: tened) significa que el reino de Dios está ya en los pobres y en los ricos si no se excluyen con excusas inútiles.

Las bienaventuranzas se pueden comprender sólo conociendo que Dios es amor para todos. Por esto su justicia es quitar a quien ha abusado y dar a quien ha actuado con justicia. Nuestro concepto de justicia "a cada uno lo suyo", más que sobre la justicia de Dios que es amor, se funda sobre la injusticia humana y codifica el egoísmo cuyo origen es Israel.

La distinción entre pobres y ricos es fácil atribución a lo externo, pero dificilísima lectura en el interior de la conciencia del hombre. Sólo la palabra de Dios que penetra en el corazón del hombre nos hace entender que somos pobresfelices o ricos -infelices.

Jesús proclama felices a los pobres no porque sean bravos o tengan méritos especiales, sino porque Dios ama a cada uno según su necesidad, y el pobre es el que tiene más necesidad.

El cristiano debe empeñarse en favorecer a los pobres para imitar a Jesús. La historia y la crónica del mundo actual, llena de miserias, hambre, llanto y todo género de males es el espacio de acción del creyente, si quiere ser incluso creíble.

Los discípulos son felices porquen participando en el misterio de la persecución y de la muerte de Cristo están asociados más profundamente en su misión de salvación. En esta circunstancia no deben contentarse con tener paciencia o esperar que los sucesos lleguen cuanto antes, pero deben vivir intensamente en sí cuanto dice el Maestro:" Alegraos en ese día y exultad, porque, he aquí, vuestra recompensa es grande en los cielos" (6,23).

Las felicitaciones y las congratulaciones para los pobres se hacen lamentaciones y condolencias para los ricos. El "¡ay de vosotros!" no es un grito de venta o amenaza, sino un grito extremo de llanto, compasión y lamento que dirige Jesús a los ricos porque ponen las cosas en lugar de Dios y no han experimentado todavía la alegría de aquel que vende todo para adquirir el tesoro que es Cristo (cfr Mt 13,44).

El reino de Dios progresa donde el mal y la de género miseria todo retroceden desaparecen. La comunidad cristiana está en el camino de Cristo sólo cuando se tiene cuidado con los pobres, los hambrientos, y la lucha contra las personas o las situaciones que son la causa de estos deseguilibrios. La riqueza de algunos es la causa de la miseria de muchos. Y cualquiera que sea peor que los ricos siempre tienen razón. Por eso la Iglesia debe estar atenta en no "bendecir" los а tiranos. malhechores, difamadores de los pueblos..., o callar, donde Cristo hubiera alzado solemnemente su voz sin miedo a morir. Una Iglesia que no es hostigada y perseguida por los poderosos de este mundo, ¿puede ser verdaderamente la Iglesia de Cristo?

El mensaje cristiano tiene una prospectiva más allá de la muerte: la resurrección de los muertos y la vida del mundo que verá. Pero la primera necesidad en jugar todas las cartas que la situación presente nos proporciona. Es verdadero constructor del reino de Dios que se empeña con todas las posibilidades para hacer más habitable la tierra. La resurrección no cancela la historia, sino que diviniza todo lo que estamos humanizando.

12 febbraio 2007

Mc 8,11-13

En este punto la situación de Jesús es realmente trágica y su imagen impresionante. Es un hombre dolorido por el rechazo de los fariseos y maravillado y desilusionado porque los discípulos no lo entienden todavía.

Los primeros están totalmente cerrados a la fe en Jesús. Piden un signo, un milagro, y no es porque quieran creer en él, sino tenderle una trama (v. 11). Jesús capta su maniobra, rechaza el signo y los abandona (vv. 12-13). Es la ruptura definitiva.

La diferencia entre los fariseos y los discípulos está en el hecho de que estos últimos no han de decidido matarlo y no lo abandonan. Y esto no es poco. Para el resto son iguales: su compromiso de comprensión en los enfrentamientos con Jesús, éste es el culpable. Tienen el corazón endurecido porque se obstinan en no comprender y no rechazan lo que ven y oyen. (17-18).

Jesús se esfuerza por hacerlos razonar; recuerda sus dos multiplicaciones de panes, pero debe concluir con una amarga constatación: "¿Y no entendéis todavía?" (v. 21). Son los ciegos y los ciegos delante de Dios que se revela.

Jesús no ha dado ya su máximo signo entregándose a sí mismo en su pan. No necesita pedirle otros signos, sino creer en el signo que nos ha dado. Además, a este signo no existe nada: es Dios mismo, todo para nosotros. No nos queda nada más que reconocer, adorar, gustar y vivir de él.

El discípulo, en vez de pedir signos, pide la capacidad de ver aquellos que Jesús ya les ha dado

#### 13 febrero 2007

Los discípulos están totalmente inmersos en los pensamientos tierra-tierra de cada día, que no logran penetrar en las severas palabras de Jesús y continúan manifestándose entre sí las preocupaciones por el pan.

Jesús interviene y les habla en tono de reprobación como no lo había hecho antes.

El corazón está endurecido desde la multiplicación de los panes (6,52); no han entendido nada de la obra mesiánica de Jesús ni han comprendido el misterio de su personalidad mientras él caminaba por las olas del mar. Sin embargo Jesús no abandona a sus discípulos, sino que busca llevarlos a reflexionar y a entender.

El discípulo debe estar atento a no dejarse contagiar por la mentalidad de los fariseos y Herodes. Jesús quiere que nos alejemos de estos partidos: del de los fariseos, cuya religión es más externa que profunda; de la de Herodes que está centrado en las cosas del mundo y de la política. La advertencia es otra cosa fuera de sitio: Judas les hará caso a ellos.

Pero mientras Jesús les decía estas cosas, ellos pensaban de forma diferente: "Y aquellos decían entre sí: 'No tenemos pan'" (v. 16). Es evidente que la "distracción" delos discípulos, su incapacidad para escuchar: Están totalmente inmersos en la preocupación del pan y no piensan en otra cosa. No advierten siquiera la urgencia y la importancia de cuanto Jesús decía. Se comparten como si él no hablara.

27

"¿No entendéis todavía?" (v. 17). Le achacaban a Jesús que asumiera una amplitud insospechada y se resolviera con un diagnóstico completo de las enfermedades de quienes afligían a los discípulos: escasa inteligencia, ceguera, sordera, dureza de corazón, sospecha perdida de la memoria.

En estos versículos, el martilleo de las preguntas, que se dirigen al fortísimo y dan indicios de todos los indicios del hombre, hace entender a los discípulos que no han entendido nada.

Recuerdan perfectamente los hechos. Responden si ninguna excitación y saben recordar bien lo que ha acontecido. Son estúpidos, pero no comprenden el gran drama que se está desarrollando ante sus ojos.

En esta circunstancia, Jesús toma ocasión para hacer a sus discípulos un examen de conciencia. No es posible leer este relato sin sentir el tono alto, altísimo de la voz de Jesús, con una buena dosis de ira, desaliento y desilusión. El Maestro se encuentra ante Doce discípulos que no saben resolver la ecuación de una incógnita: y en esta caso la incógnita es Jesús.

"¿Tenéis el corazón endurecido?". La diagnosis de Jesús se concentra esencialmente en una enfermedad: la dureza de corazón. El corazón, en el lenguaje bíblico, indica no tanto la sede de la vida afectiva, cuanto la fuente de los pensamientos y de la comprensión. Aquí se denuncia la falta de inteligencia, la incapacidad de ver la visión mesiánica de lo que está ocurriendo: es una ceguera del espíritu. Los discípulos son duros de corazón porque tienen la inteligencia para entender quién es Jesús:

y esta inteligencia se identifica, de hecho, con la fe.

"¿Tenéis ojos para ver y no veis, tenéis oídos para oír y n oís?" Todos estos interrogantes no son una condena, sino una invitación a convertirse (Dt 29,3) y los profetas (Jer 5,21; Ez 12,2) al pueblo rebelde.

El los remite a su experiencia pasada. Como el recuerdo de los beneficios de un tiempo provocaba a Israel a salir de su torpeza y volver a Dios (cfr Sal 77,4.6.12.13; 105,5), así la memoria de lo que habían hecho, distribuyendo a las multitudes el pan que sacia en abundancia, puede llamarlos a la responsabilidad y ayudarlos a entender finalmente quién es.

La función de este relato corresponde a la primera fase del milagro que sigue: quiere hacernos ver que no vemos.

## 14 febrero 2007

Mc 16,15-20

El final del evangelio insiste en la misión de llevar el evangelio a todo el mundo, uniendo estrechamente el testimonio de la palabra a la de las obras y signos.

Con la exhortación a la misión universal se une la afirmación que para la salvación se requieren la fe y el bautismo. Además de los anunciadores del evangelio se promete que su predicación

misionera se sostendrá y confirmará con milagros realizados por Cristo resucitado.

La transmisión de las palabras de Jesús está en el centro del texto y tiene su fin en hacer cristianos a todos los pueblos. La misión, ir a todos los hombres, es un encargo que se entiende bien.

Si la misión es transmitir a los hombres la palabra de Jesús y sus directivas para hacer de ellos discípulos, excluyendo todo mal entendido.

El primero es el mal entendido de la reivindicación del poder político. Una concesión utópica es la de W. Soloviev que sostiene que el reino de Dios como un estado teocrático en este mundo, y ve esta concepción enraizada en la voluntad de Jesús. En la tierra habrá un solo poder, y éste no pertenece al César, sino a Jesucristo.

El otro mal entendido es la relativización del encargo misionero, que llega a sostener que el cumplimiento de la evangelización consiste en ayudar a los budistas a ser mejores, a los musulmanes a ser también mejores.

El diálogo necesario con las religiones mundiales no elimina la necesidad del anuncio y del testimonio, de la fe cristiana y del bautismo. Es a Cristo resucitado al que se le ha dado todo poder en el cielo y en la tierra (cfr Mt 18,28), que exige a los cristianos predicar el evangelio a toda criatura.

La misión es necesaria por voluntad de Dios, el cual ha resucitado a Jesús de entre los muertos.

#### 15 febrero 2007

Mc 8,27-33

El episodio comienza con una pregunta:" ¿Quién dice la gente que soy yo?". Las respuestas que dan los discípulos corresponden a lo que piensa y dice la gente. Son respuestas positivas, que expresan respeto y estima por Jesús, pero son incompletas porque buscan explicar el misterio de Cristo comparándolo con personajes grandes en la historia de la salvación. Todas estas respuestas no logran expresar la novedad y la unicidad de la persona de Cristo.

Jesús plantea a los discípulos una segunda pregunta, directa, personal:"¿Y vosotros quién decís que soy yo?". Responde Pedro: "Tú eres Cristo". La respuesta corresponde a la verdad, pero se aclara en el contenido. Y es por esto por lo que Jesús prohíbe a sus discípulos que hablen a la gente de él a la gente e comienza a desvelar su verdadera mesianidad: la de Cristo que debe sufrir y morir. El no es el libertador en el sentido querido por los judíos, sino el salvador en el sentido querido por Dios. Cristo "debe" recorrer el camino que lo llevará a la cruz (v.31) para hacer el sacrificio de la propia vida por la salvación de todos. Jesús es el Hijo del hombre encaminado a la cruz. Desde este punto en adelante, el tema de la cruz y de la resurrección es, en cierto modo, el único tema tratado, para que todo gire en torno a él. Jesús es el Mesías sufriente, el Siervo de Dios despreciado, abandonado por los hombres y destinado a una muerte infame (cfr ls 53).

Así como la idea que los discípulos tienen sobre el Mesías es insuficiente, Jesús comienza una nueva enseñanza, una nueva revelación (vv. 31-32). Y Pedro, que había proclamado con "Tú Cristo". seguridad: eres se opone violentamente a la nueva revelación de Jesús. El Mesías que él y sus compañeros esperan es uno que mata a los demás, no uno que pone en su programa su entrega a la propia muerte. Pero Jesús es Cristo como lo quiere Dios, no como lo quieren los hombres. Ha venido para cambiar el mundo, y esto requiere, como cosa primera, la orientación de los hombres para volver a Dios (cfr Mc 1,15).

Y aquí viene espontánea una consideración. Oponiéndose a la pasión y muerte de Jesús, Pedro cree hacer el verdadero bien de Jesús v de todos, para mostrarle un amor grande y darle un consejo excepcional. De hecho, desarrolla el papel de Satanás que tienta a Jesús apartándolo de la obediencia al Padre. El diablo tentador prueba nuevamente un nuevo golpe que no había empleado en el desierto (cfr Mc 1,12-13): Jesús, que no había cedido a la tentación del enemigo, quizá ceda a las resistencias del mejor claramente. pero resiste :Cuántas acciones satánicas se llevan a cabo por amor....", pero en la dirección opuesta a la enseñada por Jesús.

#### 16 febrero 2007

Seguir a Cristo es una elección libre porque es una elección de amor; y no puede haber amor sin libertad. Pero seguir a Jesús es también una elección escandalosa: significa cruz asegurada para todos, indistintamente. Y es sobre este punto central y decisivo donde tiene lugar el encuentro entre la verdadera fe o el rechazo de la misma.

La vocación definitiva del cristiano es la participación en la muerte y en la resurrección de Cristo para la salvación del prójimo.

Pedro había proclamado que Jesús era Cristo y parecía por tanto un creyente; en realidad no aceptaba el significado más profundo de la mesianidad de Cristo: la cruz.

La fe es un modo de vivir, no de teorizar; un modo de vivir y de morir como Cristo. Y la muerte es el vértice de la vida, porque liberándonos completamente del egoísmo, nos hace capaces del más grande y definitivo acto de amor por Dios.

La cruz que debemos tomar y llevar es la lucha continua contra nuestra falsa autoafirmación. La cruz es el suplicio de los esclavos. El cristiano, como Cristo, debe vivir como siervo de todos y patrono de nadie.

Negarse a sí mismos es la plena realización de sí mismos; significa vencer el falso "yo", el egoísmo, raíz de todos los males. El hombre sintiéndose pequeño, insignificante y estúpido, quiere afirmarse haciéndose rico, poderoso y orgulloso. Pero es un engaño. De hecho se realiza sólo cuando llega a ser como su Dios, de quien es

imagen. Y Dios es amor, don, servicio, pobreza y humildad.

La salvación de la muerte depende de nuestra toma de posición en los enfrentamientos de su Jesús y su evangelio. Nuestro destino eterno está ligado a nuestra fidelidad o infidelidad a su palabra.

Tomar la propia cruz significa hacer propio el destino de Jesús y hacerlo visible frente a los hombres: un destino de muerte y resurrección.

Salvar la propia vida significa "amar a Jesús y sus palabras ante esta generación adúltera y pecadora" (v. 38): renunciar a sí mismos, para no preferir la propia vida a la suya, los propios proyectos e intereses personales. Esto es egoísmo. Hay que mojarse por é para que sea Jesús quien dirija nuestra vida a la luz de su evangelio y de su Reino.

La vida es el bien supremo del hombre: no tiene precio (vv. 36-37). Ahora quien ama la propia vida verdaderamente, debe ponerla al seguro en Jesús. "Dios nos ha dado la vida eterna, y esta vida está en su Hijo. Quien tiene al Hijo tiene la vida; quien no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida" (1 Jn 5,11-12).

Entre los obstáculos que impiden al hombre tomar su decisión a favor de Cristo, se siente vergüenza. La vergüenza es el miedo de ser marginados y odiados (cfr Jn 15,18-25; 16,20). El cristiano auténtico debe tener el valor de ser "diverso del mundo" para ser "semejante a Dios". El día del juicio final todos serán juzgados según el evangelio de Cristo y no según las máximas del mundo.

San Pablo nos recuerda: "Cierta es esta palabra: si morimos con él, viviremos con él; si con él perseveramos, con él reinaremos; si lo negamos también él nos negará" (2Tm 2,11-12).

"Y les decía: 'En verdad os digo: hay algunos aquí presentes que no morirán sin haber visto el reino de Dios venir con poder' " (4,1). No es una promesa para huir de la muerte física, sino una certeza dada al discípulo que, después de haber convivido con Cristo el sufrimiento y la muerte, experimentará de modo decisivo el poder de su resurrección: "Si estamos unidos completamente a él con una muerte semejante a la suya, lo seremos también con su resurrección" (Rm 6,5).

## 17 febrero 2007

Mc 9, 2-13

En la narración de la transfiguración encontramos los tres testimonios de la resurrección de la hija de Jairo: Pedro, Santiago y Juan. Los veremos también en el Huerto de los Olivos. Existe una unión estrecha entre estos tres episodios.

El primero manifiesta el poder de Jesús sobre la muerte. La transfiguración es una anticipación de la gloria de la resurrección. La agonía, que es el contraste total con los dos primeros episodios, muestra de qué modo Jesús camina hacia la gloria: aceptando entrar totalmente en las vista del Padre (cfr 14,36).

También aquí, como en el bautismo, se hace sentir la voz del Padre que habla desde la nube. Pero esta vez no se dirige sólo a Jesús (cfr 1,11), sino a los tres discípulos. El título de "Hijo mío predilecto" que remite al mismo tiempo la realeza del Mesías (cfr Sal 2,7) y el destino del Siervo de Dios (cfr Is 42,1), confirma la verdad de lo que Pedro no ha aceptado todavía: que la glorificación del Mesías se realiza a través del sufrimiento.

Además, a la revelación le sigue un mandato: "¡Escúchalo!". La palabra del Padre viene a apoyar la enseñanza de Jesús sobre su pasión y resurrección. En esta prospectiva. transfiguración aparece como la anticipada manifestación de la gloria de Cristo. De la narración de transfiguración la debemos aprender que sólo a la luz de la resurrección se comprende el misterio de la cruz.

La transfiguración y no la desfiguración, es el punto de llegada del hombre y del universo. Nuestro rostro no es el deshecho por el de la muerte, sino el de transfigurado de la resurrección.

La transfiguración corresponde a la vida nueva que el bautismo confiere mediante la cruz: una existencia pascual, que pasa del egoísmo al amor, de la tristeza a la alegría, de la inquietud a la paz. En nuestro rostro debe brillar el reflejo del rostro del Resucitado, que es el rostro mismo del Padre. Respondiendo a la pregunta sobre la llegada de Elías (v. 11), Jesús reconduce a los discípulos a la perspectiva realista de la pasión, que esta escena de la transfiguración ilumina, pero no atenúa de ningún modo.

Quien quiere entender la resurrección de Jesús, debe entrar ante todo en el misterio de su pasión. El sufrimiento del justo desconfiado, que es nuestro problema, para Jesús es la solución del problema y su solución: el mal lo vence quien no tiene fe y lleva en sí el mal de los otros.

#### 18 febrero 2007

Lc 6,27-38

El amor para el enemigo es el fundamento práctico del cristianismo, que en otras partes del evangelio se expresa como perdón (cf. Lc 6,36-38; Mt 6,11-12.14-15; 18,21-35).

Jesús ama a los pecadores porque odia el pecado. Odiamos a los pecadores porque amamos el pecado. Si no amamos a los enemigos, somos enemigos de Dios mismo, que los ama porque son sus hijos. Separarse de los enemigos es separarse de Dios, que en su misericordia se ha unido a ellos.

La enemistad del otro proviene casi siempre de mi egoísmo que quiere servir. El, otro no se ve como hermano, sino como instrumento de mi egoísmo. Amar a los enemigos y amar al prójimo es la misma cosa: "Los enemigos del hombre son de su casa" (Mi 7,6; Mt 10,36). El enemigo lejano es menos detestable que el vecino prójimo.

El amor no es sólo una adhesión interior de misericordia. Como todo amor, se expresa más con hechos que con palabras. Como la fe sin obras está muerta, así el amor del enemigo no existe si no le hacemos el bien con creatividad y fantasía. Debe ser, sin embargo, un bien para él, no para mí. Debe ser una exaltación del enemigo en el amor, no en la humillación del hermano con el desprecio y odio. El perdón es humildad y amor, no afán de superioridad y propaganda de venta. El bien hecho al enemigo con matiz moralistico y compasión soberbia lo lleva al rechazo del perdón y al endurecimiento en el mal y manifiesta nuestra maldad y estupidez.

Nuestro sumo bien nos viene del amor a los enemigos, porque nos da la posibilidad de amar como ama Dios, en la gratuidad total.

"Lo que queráis para los demás, eso mismo querrán para vosotros" (v. 31). Es la regla de oro que sintetiza todo cuanto se ha dicho hasta ahora. Rabbì Hillel la había enseñado de forma negativa: "Lo que desagrada a ti, no lo hagas a es toda la ley: el resto nadie. Esta está comentado". Pero para observar mandamiento negativo basta con no hacer nada. Jesús, por el contrario, manda hacer todo el bien con la creatividad propia del amor: empeño por diario. Obviamente, para vivir estas palabras de gracia viene el don del Espíritu que nos da el corazón nuevo.

Para amar como Dios hace falta amar con sentido único: dar todo sin pretende nada. El fundamento de toda moral es "ser como Dios". Dios nos ama sin condiciones y sin reservas y nos hace capaces de amar a los demás tal y como son, sin condiciones y sin reservas. Y los primeros en nuestro corazón son los necesitados, los más desgraciados, los enemigos.

El amor de misericordia es el solo amor capaz de crear un mundo nuevo, salvándolo de la destrucción en cuyo egoísmo lo h precipitado. El amor de cambio es propio de los pecadores. El precio de la vida es la gratuidad.

Lo que ha hecho Dios en su creación y redención es amor y gratuidad: no ha especulado con nosotros. Se ha dado por entero, dándonos vida. Y nos ha dejado un mandamiento: "Gratuitamente habéis recibido, gratuitamente dadlo" (Mt 10,8).

El amor sin condiciones, sin reservas y sin ninguna esperanza de intercambio nos dará un premio grande: amando de este modo llegamos a ser hijos del Padre. El premio de la vida cristiana, la salvación eterna, el paraíso no es una cosa, sino ser lo que amamos: Dios. Al amor de los enemigos se une a la maduración y fructifica el Espíritu de Dios recibido en el bautismo que nos ha hecho "hijos del Altísimo".

"Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso". Este versículo es el culmen de la revelación de quien es Dios para nosotros y lo que nos ha dado. Este amor de misericordia es el único posible en la situación en la que nos encontramos de hecho.

Los versículos 37 y 38, son los rasgos del rostro del Padre misericordiosa. La primera imagen que el hombre tiene de Dios es la de juez. La imagen de Dios que juzga con severidad es el último ídolo que Jesús logra quitar, haciéndonos ver que nuestro mal lo lleva a la cruz: "He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (Jn 1,29). La cruz de Cristo es el único "juicio" posible al Padre de la misericordia que justifica a todos.

Por tanto, cualquiera que juzgue a otro se equivoca siempre. Y el error no está en el hecho de que el hombre pueda errar en su juicio, sino en el hecho que usurpa el poder de Dios. Quien juzga no conoce a Dios. El, en vez de juzgar, justifica y, en lugar de condenar, perdona.

El juicio final de la salvación o de la perdición no se opera por Dios, sino por mí. Y no en un tiempo indeterminado o escondido, sino ahora, en la relación diaria con el hermano. Esta es la misericordia de Dios: nos deja el juicio sobre nosotros mismos; y este juicio es el mismo que pronunciamos sobre los otros. Si no juzgamos a los demás, Dios no nos juzga. Si no condenamos a los otros, Dios no nos condena. Si perdonamos a los demás, Dios nos perdona.

En la medida en que se da al hermano, se recibe de Dios. El único metro de medida del don que recibimos es por tanto nuestra capacidad de dar. Dios renuncia a medir como renuncia a juzgar. Seamos medidos y juzgados por nosotros mismos, según nuestro amor hacia los demás.

En este último versículo está la exaltación de la abundancia del don de Dios. El no conoce medida en donarse. La única limitación a la

misericordia de Dios se da por la misericordia que vivamos.

### 19 febrero 2007

Mc 9,14-29

Con este episodio Marcos nos instruye sobre una exigencia fundamental para seguir a Jesús: la plegaria. Los discípulos, con toda su buena voluntad, no han logrado expulsar el demonio de un chico. Y sin embargo Jesús los había elegido para que"estuvieran" con él, para enviarlos a predicar y para que tuvieran el poder de expulsar demonios" (3,14-15). Y cuando fueron "misión" predicaban que la gente se convirtiera, expulsando muchos demonios..." (6,12-13). Pero ahora no tienen éxito. ¿Por qué? Jesús responde con una frase que ilumina no sólo la situación en cuestión, sino también muchas páginas de la historia de la Iglesia: "Esta especie de demonios no se puede expulsar de ningún modo, sino es con la oración" (9,29).

Solo un cristiano que reza estará en grado de superar victoriosamente el poder de Satanás en el mundo.

A los discípulos que preguntan por el motivo de su impotencia, Jesús recuerda la impotencia absoluta de la plegaria. Es sólo con oración confiada por la que podemos llenar nuestra debilidad con el poder de Dios. Debemos convencernos de que nuestra oración es más poderosa de cuanto pensamos.

La terapia de nuestros males y de nuestra muerte es dejarnos tocar por Jesús que es el médico y la medicina: y esta unión es la fe. Pero ésta nos falta. Sea quien cree creer, sea quien no creer está invitado a repetir la invocación del padre: "Ayuda a mi incredulidad" (v. 24).

La fe es omnipotente porque acoge la fuerza de Dios que viene en nuestra ayuda y tiene compasión de nosotros.

# 20 febrero 2007

Mc 9,30-37

caminos de Jesús los no son que ordinariamente EI. recorren los hombres. huyendo de la multitud, se decide por recorrer el camino de humillación trazado para él por el Padre. Sus discípulos, preocupados por el honor, sueñan y siguen otros caminos, totalmente distintos a los de Jesús. Mientras Jesús camina hacia la máxima humillación, la de la cruz, ellos se preocupan en ser los primeros y más grandes.

Las palabras de Jesús manifiestan su disponibilidad para vivir a fondo el destino de su muerte y resurrección. Los discípulos, por el contrario, parecen vivir otro mundo. Ya saben que seguir a Jesús significa olvidarse de sí mismos, coger la propia cruz y seguirlo (8,34), pero tienen miedo. Su problema es no entender y no querer comprender.

Esta instrucción que Jesús ofrece a sus discípulos es el centro de su enseñanza de la revelación: es el misterio que Dios consigna en manos del hombre.

La palabra "consignar" une los varios episodios de la narración de la pasión: Judas lo dirige a los soldados y a los jefes (Mc 14,10.44), los jefes tienen a Pilatos (Mc 15,1) y éste a los crucificadores 15,15). Pero la paradoja es que el mismo Padre a nosotros. Jesús que se da a quien lo rechaza y le odia, sabiendo que lo hubieran torturado y matado, es la revelación total v definitiva de un Dios que es amor incondicional como ninguno. Frente revelación de un amor tan grande, de Dios a una persona que se consigna en manos de los hombres que él ama, los discípulos no lo entendieron. Entendieron que Dios es un amor tan grande, que supera infinitamente toda expectativa e imaginación humana.

Las cuestiones de precedencia y de excelencia obviamente no atraen У apasionan discípulos más que el anuncio de la pasión, muerte y resurrección repetido por Jesús la segunda vez. La sed de poder, el arribismo, el deseo de ser los primeros, de sentirse superiores a los demás y dominarlos es siempre el cáncer de la humanidad. Anunciar la Palabra a personas inmersas en estas historias es como arrojar la semilla entre las espinas: "Las preocupaciones del mundo y el engaño de la riqueza y todas las demás vanaglorias sofocan la Palabra y ésta se queda sin fruto(Mc 4,19).

No está mal aspirar a puestos de gobierno en la Iglesia, pues puede ser signo del Espíritu (cfr 1Cor 12,28). Pero está mal hacer del cargo una cuestión de prestigio y de soberbia: ella es únicamente una posibilidad de servir más y mejor. La sed de poder en la Iglesia hace a todos, jefes o simples fieles, idénticos a los jefes de este mundo que descargan en los demás pesos y sacrificios (cfr Mt 23,4) y mandan a la cruz a los otros en lugar de ir con ellos, siguiendo el ejemplo de Jesús. Gente así es de todo incapaz de testimoniar un verdadero anuncio de la pasión, muerte y resurrección de Cristo vividas en primera persona y en la propia piel.

Los discípulos no comprenden la palabra de Dios porque tienen en la cabeza la palabra del diablo. La palabra de Jesús es amor y humildad, la del demonio es egoísmo y protagonismo. Quien busca el propio "yo", se pierde a sí mismo, a los otros y a Dios. Después de la primera predicación de su pasión, Jesús invitó a cada discípulo a llevar la "propia" cruz. Esta cruz es la negación del propio y falso "yo" (Mc 8,34), la lucha contra la estupidez y el orgullo, que llevan automáticamente a la autoafirmación a expensas de todo y de todos.

Jesús sabe que cada uno debe y quiere afirmarse. Este deseo de grandeza lo ha colocado Dios en el hombre. Quien renuncia, renuncia a ser hombre. Por eso Jesús nos da criterios de la verdadera realización. Al deseo de ser los primeros en tener, poder y aparecer, él los sustituye por la humildad, pobreza y humillación:

En otras palabras, en servir y amar hasta morir por los propios amigos e incluso por los enemigos.

Esta es la grandeza de Dios y la del hombre hecho a su imagen y semejanza. El es amor, y no lo afirma a expensas del otro, sino que lo hace crecer; no se sirve del otro sino que se le sirve; no despoja de lo que tiene, sino que se despoja de sí mismo a favor del otro: se despoja también de su propia vida porque ama al otro más que a sí mismo. L mayor grandeza es ser pequeños (Rm 12,10; Fil 2,3).

El protagonismo es el criterio supremo de acción de quien no se siente amado, no se ama y no ama. Hoy, el hombre sacrifica su vida a los ídolos del tener, poder y aparecer cada vez más, destruyendo la propia realidad de la imagen de Dios. Cuando Adán quiso ocupar el puesto de Dios, cometió el error de ignorar que Dios no está en el primer puesto, sino en el último. Y así falló como hombre sin haber llegado a ser Dios.

"Si uno quiere ser el primero, sea el último de todos y el siervo de todos" (v. 35): esta es la norma fundamental del nuevo pueblo de Dios. El primado del amor suplanta al del egoísmo.

La libertad que se hace semejante a Dios, consiste en ser esclavos, libremente y por amor... (Gal 5,13).

#### 21 febrero 2007

El discurso retoma el enunciado de 5,20: "Si vuestra justicia no supera la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos". El término "justicia" (sedaqah) se emplea en la Biblia para sintetizar las relaciones del hombre con Dios, la piedad, la religiosidad y la fe.

Las relaciones con Dios, nuestro Padre, deben nacer de la confianza y de la sinceridad.

La auténtica justicia no tiene como punto de referencia los hombres, sino al Padre que está en los cielos.

Mateo subraya la vanidad de un gesto puramente humano: los hipócritas que buscan la aprobación, ya han recibido su recompensa.

La hipocresía consiste en el hecho de una acción, que tiene como destinatario a Dios, se desvíe de sus términos. La limosna, la oración y el ayuno deben hacerse para el Padre que ve en el secreto.

Estas acciones hechas en "secreto" no significan necesariamente acciones secretas: indican cada acción, aún pública, hecha para el Padre y no para ser vistos por los hombres. Es la intención profunda que cuenta por qué la recompensa se sitúa en este nivel: la recompensa es la autenticidad de la relación con el Padre.

El cristiano debe hacer limosna para salvaguardar la rectitud de la ayuda prestada al hermano por amor del Padre. La instrumentalización de la oración es la deformación de la piedad, porque pone en servicio incluso lo que esencialmente de Dios.

Jesús en su intervención no se propone modificar el ritual de la oración judía, sólo sugiere un modo más recto de cumplirla, evitando la ostentación, el formalismo y la hipocresía. Los mismos rabinos enseñaban: "El que hace de la oración un deber, que se hace a hora fija, no ora con el corazón".

El reclamo de Jesús va en la misma línea de la tradición profética y sapiencial y se confirma en sus sucesivas enseñanzas y mucho más en su vida.

El ayuno es otra práctica importante de la antigua y nueva"justicia". Es un acto penitencial que completa y ayuda a la oración.

Jesús, como los profetas, no condena el ayuno sino el modo cómo se hacía. En lugar de expresar la propia humillación, se convertía en una manifestación de orgullo.

El ayuno cristiano, como la limosna y la oración, debe hacerse en lo escondido. El cristiano no debe hacer ostentación de su penitencia; debe esconderla en un compromiso gozoso.

El ayuno, como todo otro sufrimiento, es una fuente de alegría porque obtiene un mayor acercamiento a Dios. La invitación de Jesús a asumir un compromiso no teatral, subraya el significado definitivo de la penitencia cristiana: poder sufrir es una gracia (cfr 1Pt 2,19).

## 22 febrero 2007

Mt 16,13-19

Jesús plantea una pregunta fundamental sobre la que se decide el destino de todo hombre: "¿Vosotros quién decís que soy yo?". Decir quién es Jesús e colocar la propia existencia en un terreno sólido.

La respuesta de Pedro es decidida y segura. Pero su discernimiento no deriva de la "carne" y de la "sangre", es decir de las propias fuerzas, son del hecho que ha acogido por la fe que da el Padre.

Jesús constituye a Pedro como roca de la Iglesia: la casa fundada en la roca (cfr 7,24) comienza a tomar su verdadero significado.

No está fuera de lugar preguntarse si Pedro era plenamente consciente de lo que se le había revelado y de lo que decía. Observamos el fuerte contraste entre esta profesión de fe seguida por el elogio de Jesús: "Feliz tú, Simón..." y la incomprensión del versículo 22:...: "¡Huye de mí, Satanás! Eres escándalo, porque no piensas según Dios, sino según los hombres!".

Este contraste evidencia la diferencia entre la fe aparente y la verdadera: no basta profesar la mesianidad de Jesús. Necesita creer y aceptar que el proyecto del Padre se realiza a través de la muerte y la resurrección del Hijo. Pedro recibe las llaves del reino de los cielos. Las llaves son signo de soberanía y de poder. Pedro juntamente con las llaves recibe plena autoridad sobre el reino de los cielos. El ejerce tal autoridad en la tierra y no en función de portero del cielo, como comúnmente se piensa. En calidad de transmisor y garante de la doctrina y de los mandamientos de Jesús, cuya observancia abre al hombre el reino de los cielos ,él lo vincula a su observancia.

Los escribas y los fariseos, en cuanto detentores de las llaves hasta aquel momento, había ejercido la medicina de la autoridad. Pero, rechazando el evangelio, no hacen nada más que cerrar el reino de los cielos a los hombres. Simón Pedro tiene este puesto.

Si se considera atentamente esta contraposición, resulta que el trabajo principal que se le encarga a Pedro es el abrir el reino de los cielos. Su encargo se describe en sentido positivo.

No se podrá identificar la Iglesia con el reino de los cielos. Pero este relato del evangelio ofrece la oportunidad de reflejar su relación recíproca. A la Iglesia, como pueblo de Dios, se le confía el reino de los cielos (cfr 21,43). En ella viven los hombres destinados al Reino. Pedro absuelve el propio servicio en la Iglesia cuando invita a recordarse de la doctrina de Jesús, que permite a los hombres la entrada en el Reino.

En el judaísmo, los equivales de legar y elegir ('asar e sherà') tiene el significado específico de prohibir y permitir, con referencia a los

pronunciamientos doctrinales. Junto al poder de magisterio, se pone el disciplinar. En este campo dos verbos tienen el sentido de incomunicación y quitarla.

Este doble poder se le asigna a Pedro. No es el caso de separar el poder del magisterio del disciplinar y reflejar al uno y al otro en 16,19 y el otro en 18,18. Pero no es posible negar que en este versículo 19 el poder doctrinal, especialmente en el sentido de la fijación de la doctrina, está en primer plano.

Pietro se presenta como maestro supremo, sin embargo con una diferencia respecto al judaísmo: el ministerio de Pedro no se encamina a la ley, sino a la directiva y a la enseñanza de Jesús.

El legado y elección de Pedro se reconoce en el cielo, es decir, las decisiones de carácter doctrinal tomadas por Pedro se confirman en el presente por Dios. La idea del juicio final está lejana, si se incluyen también las decisiones disciplinares.

En el evangelio de Mateo, Pedro se presenta como el discípulo que da ejemplo. Lo que le ha sucedido es transferible a cada discípulo. Esto vale tanto para sus cualidades como para sus deficiencias, que se refieren despiadadamente. Pero Pedro se queda con una función exclusiva y única: es la roca de la Iglesia del Mesías Jesús. Pedro es el garante de la tradición de Cristo tal y como lo presenta Mateo.

En su oficio no da entrada a los escribas y fariseos, que hasta ahora han apartado a los esclavos del reino de los cielos.

Le toca a él hacer valer la enseñanza íntegra de Jesús con toda su fuerza.

## 23 febrero 2007

Mt 9,14-15

El debate sobre el ayuno sigue inmediatamente el tema de los impuestos. Los discípulos de Juan y los fariseos ayunaban para apresurar la llegada del Mesías y para prepararse a acogerlo. Los discípulos de Jesús saben que el Mesías ya ha llegado y es Jesús en medio de ellos. Por esto comen, beben y hacen fiesta.

Jesús se presenta como el esposo. El reino de los cielos se compara a un banquete que el Padre ha preparado para las bodas del Hijo con la humanidad (Mt 22,1-14). Ayunar durante una comida de bodas n tiene sentido. Jesús anuncia que también sus discípulos ayunarán cuando el esposo "ya no esté". Esta expresión, tomada de ls 53,8, se refiere al Siervo de Dios destinado a muerte violenta y es una alusión a la muerte de Jesús.

El ayuno cristiano tendrá dos significados fundamentales: mirará al pasado en cuanto que conmemora la muerte de Jesús, pero que se proyectará también hacia el futuro en cuanto que s anuncio de las bodas definitivas del Cordero (Ap 21,9ss).

## 24 febrero 2007

Lc 5,27-32

La esencia del cristianismo no es una doctrina, sino la persona de Jesús. Se dirige a todo hombre: "Sígueme" (v. 27).

Leví deja todo y sigue a Jesús. No es un acto de renuncia hasta a sí mismo. Es el gesto de uno que ha descubierto el verdadero tesoro en el campo de su vida, de quien ha encontrado la perla preciosa (cfr Mt 13).

Jesús come con Leví y sus amigos. Dios se convierte en nuestro comensal y nosotros formamos una familia con él. Llama a este banquete a los excluidos y a los pecadores. Su cena no se reserva a los "puros". Propiamente por esto ellos rechazan participar y se van.

Jesús se sumerge en el mundo de los pecadores para hacer surgir en él la conversión. Su misión es salvar a los pecadores, como la del médico es curar a los enfermos.

El mal de los fariseos de todos los tiempos es no querer que la salvación es un don del amor de Dios y no mérito del hombre. Lo que salva al hombre no es su amor a Dios, sino el amor gratuito de Dios por él.

#### 25 febrero 2007

Esta narración sirve para comprender el mesianismo de Jesús que rechaza tomar el poder político (cfr Mc 6,45; Jn 6,15), hacer un signo divino para que le crean (cfr Lc 11,16; Mc 8,11) y seguir una vía satánica que le hiciera evitar la cruz para conseguir el Reino (cfr Mc 8,31-33).

Las tentaciones no hay que relegarlas al inicio del ministerio de Jesús. Su vida fue la tentación y la lucha hasta el fin.

Jesús sale del Jordán lleno del Espíritu. El mismo Espíritu llena también a nosotros y nos conduce al desierto de esta vida para que salgamos victoriosos de la prueba.

El desierto es el símbolo de la vida humana; es el camino hacia la tierra prometida, hacia Dios. Es la figura de la vida misma del bautizado, con todos sus peligros y sus miedos a través de los cuales el Espíritu lo conduce.

40 días son una alusión a los 40 años transcurridos por el pueblo de Israel en el desierto.

El diablo es aquel por cuya envidia entró la muerte en el mundo (cfr Sab 2,24), aquel que insinuó en el corazón de Adán la sospecha y la desconfianza y lo llevó a desobedecer y alejarse de Dios (cfr Gen 3). Es el verdadero protagonista del mal contra el que Cristo lucha y vence.

La raíz con que este mal se enraíza en el hombre es el egoísmo. El remedio al mal es la fe.

Jesús ha venido al mundo para mostrar el verdadero rostro del Padre viviendo en el Hijo. La tentación continúa del hombre es la de no creerse criatura de Dios.

La fuerza para vencer la tentación es el recurso a las Escrituras, la obediencia a la palabra de Dios. El, primer pan, la primera fuente de la vida es Dios mismo. El no se pone en antagonismo con el hombre, sino en relación de prioridad respecto a todo el resto: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura" (Mt 6, 33).

Jesús no obtiene el Reino porque se abaja a adorar al diablo, sino porque lo refleja radicalmente. Y esta elección lo llevará a la cruz.

Justo en la cruz Jesús inaugura su reino. Uno de los malhechores añade: "Jesús, acuérdate de mí cuando entres en tu reino". Le responde: "En verdad te digo: hoy has entrado conmigo en el paraíso" (Lc 23,42-43).

El reino de Dios en la tierra es la adoración del verdadero Dios porque es la libertad del hombre de todo ídolo. El hombre, imagen de Dios, se realiza a sí mismo y se pone en adoración ante Dios.

Hay que obedecer a Dios, no tentarlo. Nuestra vida se salva si nos ponemos en sus manos sin poner condiciones, viviendo radicalmente la oración enseñándonos de Jesús: "Padre, ... hágase tu voluntad".

Jesús supera todo clase de tentaciones. Así vence todo mal del hombre y crea el espacio de libertad del maligno.

El "tiempo fijado" para la vuelta del diablo es evidentemente el momento de la Pasión, donde la instigación de Satanás se manifestará a través de los jefes del judaísmo y hasta a través de cualquier discípulo.

La oposición contra Jesús no se mueve por celo religioso o por interés para el honor de Dios y del hombre, sino por la unión al propio poder y prestigio.

Lucas quiere indicar en Jesús, al vencedor de las tentaciones del demonio del demonio, un modelo al que los cristianos deben inspirarse en luchas que sostienen para no traicionar los propios compromisos bautismales.

#### 26 febrero 2007

Mt 25,31-46

Apropósito de este relato se plantean numerosos problemas de interpretación. ¿Quiénes son las gentes unidas para ser colocadas a la derecha y a la izquierda? Son todos los pueblos, sin distinción, o sólo los cristianos? ¿Quién designa la expresión "estos mis hermanos más pequeños": cualquier hombre necesitado o sólo los discípulos y especialmente los predicadores itinerantes del evangelio?

Esta parábola retoma el tema de la venida del Hijo del hombre. El aparato glorioso del juicio divino, que recuerda Zc 14, 5 y reúne a todas la gentes (cfr Mt 24,9.14; 28,19) delante de Cristo, nos presenta una advertencia importante: todo hombre se encuentra en la presencia del rey que da posesión de la heredad del reino a los bendecido por el Padre.

El juicio pronunciado sobre cada uno será para todos motivo de estupor: ninguno tenía conciencia de haber escuchado o rechazado al mismo Señor en los "pequeños". "Estos pequeños hermano míos: son los discípulos de Jesús: quien los acoge a ellos, me acoge a mí (cfr Mt 10,40-42; 12,48-50; 18,6.10.14; 28,10).

El juicio decisivo parece así basarse en la acogida de los enviados de Cristo y, a través suya, en la acogida de su misma persona y de su mensaje: en las obras de misericordia y en la solicitud ofrecida a los discípulos sufrientes se une Jesús mismo que se ha hecho "pequeño", que ha venido para servir y dar la vida en rescate por todos (cfr Mt 20,28). Se identifica totalmente con su enviado sufriente y "perseguido por la justicia" (cfr Mt 5,10; 10,17-18).

Pero la parábola va más lejos. Jesús mismo se ha dedicado a los pobres y sufrientes porque veía en los discípulos esperanzados y pequeños en crecimiento. Así la aparente indeterminación de expresión "estos mis hermanos pequeños" quiere designar todos los necesitados de amor concreto y de hecho, es decir, todos.

El mensaje de este relato puede resumirse en dos palabras: Dios en el hermano. Los "benditos" reciben el reino porque han practicado la misericordia. Las obras de misericordia son la puerta que introduce en la eternidad. El evangelio anuncia que la misericordia se practica siempre en el encuentro con Cristo.

Ya que la misericordia es el criterio del juicio, el texto se convierte en un imperativo presuroso vuelto a todos porque practican la misericordia. El relato quiere incitar a la acción.

Para los cristianos la misericordia practicada o rechazada es la prueba segura de la fe. A todos Jesús repite el dicho de Os 6,6: "Misericordia quiero y no sacrificio" (cfr Mt 9, 3; 12, 7).

La bienaventuranza de los misericordiosos que obtienen misericordia constituye un comentario a la primera parte de este relato. La parábola del siervo sin misericordia (cfr Mt 18,21ss.) puede ilustrar la parte negativa de este relato.

El juicio de todos está en la base de las obras de misericordia. La fraternidad es el sentido para el cual se ha creado el mundo. El mundo se salva cuando busca y vive la fraternidad. Sólo quien comprende las exigencias del prójimo, comprende las exigencias de Jesús.

La comunión humana, en particular la comunión con los más necesitados, tiene un sentido divino que la remite más allá de sí misma. Los hombres y las mujeres son imágenes vivas del Dios de la vida. San Clemente de Alejandría escribió: "Cuando ves a tu hermano, ves a tu Dios".

Es el hombre el que decide libremente para la vida eterna o para el fuego eterno. Esta decisión no se hace de palabra, sino con las obras de misericordia hacia Cristo que se identifica con los necesitados. Es en la vida presente en donde nos decidimos por Cristo o contra Cristo. Y esta elección se manifiesta en amor activo por el prójimo o en el rechazo de la misericordia con los pobres.

Es un camino en el que todos los hombres se encuentran iguales y los discípulos de Cristo: el de las buenas obras.

### 27 febrero 2007

Mt 6,7-15

Jesús nos enseña la oración cristiana, que se contrapone a la oración de los fariseos y de los paganos: el Padre nuestro.

Es un texto de gran importancia que nos ayuda a comprender quién es el cristiano. El Padre nuestro es una palabra de Dios dirigida a nosotros, más que una oración dirigida a él. Es el resumen de todo el evangelio. No es Dios que debe convertirse, solicitado por nuestras oraciones: somos nosotros los que debemos convertirnos a él.

El contenido de esta oración es único: el reino de Dios. Esto está en perfecta consonancia con la enseñanza de Jesús: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura" (Mt 6,33).

Padre nuestro. El discípulo tiene derecho a rezar como hijo. Y está en esta nueva relación la originalidad cristiana (cfr Gal 4,6; Rm 8,15). La familiaridad en la relación con Dios, que nace de la toma de conciencia de ser hijos amados por el Padre, se expresa en el Nuevo Testamento con el término parresìa que puede traducirse "familiaridad desenvuelta y confidente (cfr Ef 3,11-12). El adjetivo "nuestro" expresa el aspecto comunitario de la oración. Cuando uno reza al Padre, todos rezan en él y con él.

La expresión que estás en los cielos reclama la trascendencia y la señoría de Dios: él está vecino y lejano, como nosotros y diverso de nosotros, Padre y Señor. El saber que Dios es Padre lleva a la confianza, al optimismo, al sentido de la providencia (cfr Mt 6,26-33).

Santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad. El verbo de la primera invocación está en pasivo: eso significa que el protagonista es Dios. no el hombre. santificación del nombre es obra de Dios. La sencillamente una adhesión espacio a la acción de Dios, una disponibilidad. el La expresión santificar nombre entenderse a la luz del Antiguo Testamento, en particular de Ez 36,22-29. Ella indica permitir a Dios desvelar su rostro en la historia de la salvación y en la humanidad creyente.

El discípulo ora para que la comunidad sea transparente y deja que la presencia de Dios la envuelva.

La venida del Reino comprende la victoria definitiva sobre el mal, la división, el desorden y su muerte. El discípulo pide y aguarda todo esto. Pero su oración implica contemporáneamente una asunción de responsabilidad: espera el Reino como un don y juntamente pide valor para construirlo. La voluntad de Dios es el designio de salvación que debe realizarse en la historia.

Así en el cielo como en la tierra. Necesita anticipar aquí en la tierra la vida del mundo que verá. La ciudad terrestre debe construirse a imitación de la ciudad de Dios.

Danos hoy nuestro pan de cada día. Nuestro pan es fruto de la tierra y del trabajo del hombre, pero es también, y sobre todo, don del Padre. En la expresión está el sentido de la comunitariedad (nuestro pan) y un sentido de sobriedad (el pan para hoy). El Reino está en el primer puesto: el resto en función del Reino.

Perdona nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación y líbranos de todo mal. También estas tres últimas miran al reino de Dios, pero dentro de nosotros. El Reino es ante todo el acontecimiento de la misericordia.

Esta oración se abre con el Padre y termina con el maligno. El hombre está en medio solicitado por ambos. Ningún pesimismo, sin embargo. El discípulo sabe que nadie y ninguno lo puede separar del amor de Dios y escapar de las manos del Padre. Mateo comenta el Padre nuestro con un solo punto, perdona a nuestros deudores...He aquí el comentario: "Si perdonáis a los hombres sus culpas, vuestro Padre celeste perdonará también a vosotros...".

En el capítulo precedente Mateo había puesto de relieve el amor por todos. Ahora resalta su manifestación concreta: el perdón.

# 28 febrero 2007

Lc 11,29-32

No debemos envidiar la generación de los contemporáneos de Jesús. El mismo la define "generación malvada" porque está todavía bajo el espíritu del maligno y pide signos en vez de convertirse al anuncio de su palabra. Rehúsa hacer signos "porque ya tienen el signo de Jonás". Jesús será el signo de la misericordia de Dios para todos. En lugar de pedirle signos, hace falta convertirse al anuncio de su muerte y resurrección. Si la fe es obedecer a Dios, lo contrario de la fe es el pretexto de que Dios nos obedezca a nosotros. Y esto sucede cuando se instaura con Dios una relación de encargos. pidiéndole siempre pruebas nuevas grandes, sin decidirse a cree en su amor. Dios nos concede signos para hacernos llegar a la fe. Pero quien no busca tras haber llegado a la fe, instaura con Dios una relación de exigencia en lugar de confianza. Los signos que Dios nos da respetan siempre nuestra libertad, es decir, nunca obliga a creer.

Todos los signos que Dios concede en Jesús se resumen en el signo de Jonás: fue signo de un Dios misericordioso y clemente, de gran amor, que se deja compadecer (Jonás 4,2).

Jesús es el maestro de sabiduría al que los creyentes pueden dirigirse seguros de encontrar un mayor consuelo que la reina de Saba cuando escuchaba las respuestas de Salomón. La salvación depende de nuestra respuesta al anuncio de misericordia de aquel que es más que Salomón y que Jonás, mucho más que los sabios y profetas.